
IN MEMORIAM

PEDRO FARNÉS SCHERER (1925-2017)

José Antonio Goñi

El 24 de marzo de 2017 recibíamos la triste noticia de la muerte, a sus 91 años, de Pedro Farnés Scherer, presbítero y canónigo de la catedral de Barcelona.

Farnés fue uno de los «maestros» de liturgia del siglo xx, uno de los «padres» de la renovación litúrgica. Su vida estuvo dedicada a la liturgia, más aún, su vida fue la liturgia.

Su vocación litúrgica ya se manifestó durante su formación en el Seminario Conciliar de Barcelona, donde había ingresado en 1943, siendo ordenado presbítero en 1950. Recordemos que en aquella época el movimiento litúrgico estaba en plena efervescencia: acababa de publicarse la Encíclica *Mediator Dei* (1947), recién había sido constituida la Comisión Piana, se había reformado la Vigilia Pascual primero (1951) y la Semana Santa después (1955), se había creado el Centro de Pastoral Litúrgica de París (1943) y su Instituto Superior de Liturgia había iniciado su andadura (1956), se había celebrado el Congreso de Pastoral Litúrgica de Asís (1956)... También entonces, concretamente en 1956, hubo un Congreso Litúrgico Diocesano en Barcelona y, entre sus frutos, fue publicado un *Directorio diocesano de la misa*, que se le encargó al entonces presbítero Pere Tena, con la colaboración de Pedro Farnés y Joan Bellavista, y el consejo de Quirze Estop y el monje de Montserrat Adalbert Franquesa. Empezó aquí un equipo de trabajo que derivó en el Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona, fundado en 1958.

Completó sus estudios teológicos en la Facultad Santo Tomás de Aquino *Angelicum* de Roma, donde obtuvo la licenciatura en teología (1959), y en el Instituto Litúrgico de París, donde se diplomó en liturgia (1961) e inició los cursos de doctorado, aunque su tesis fue defendida en el Instituto Superior de Liturgia de Barcelona años más tarde (1989).

Trabajó en la reforma litúrgica postconciliar a nivel institucional, siendo miembro del coetus *De Praecibus eucharisticis* del Consilium ad exsequendam Constitutionem de sacra liturgia, relator de la subcomisión para las oraciones sálmicas de la Sagrada Congregación para el Culto Divino, consultor de la Comisión Episcopal de Liturgia de las conferencias episcopales de España y de México, consultor de la sección de publicaciones litúrgicas del CELAM, miembro del equipo de preparación de la versión unificada del *Ordinario de la misa* en español llevada a cabo por las conferencias episcopales de España y de Latinoamérica, miembro de la comisión de España y del CELAM para la edición el *Bendicional*, relator del proyecto de segunda edición del *Ritual de Exequias* de España.

Fue miembro del Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona desde sus inicios, siendo su presidente durante un trienio (1987-1990), fundó la revista *Oración de las Horas* (actualmente *Liturgia y Espiritualidad*), colaboró con la revista *Phase* desde su andadura como miembro de su consejo de redacción.

Desarrolló su labor docente en el Instituto de Liturgia de la Universidad Pontificia de Salamanca, en el Seminario de Tarragona, en la Facultad de Teología de Cataluña, en el Instituto Superior de Liturgia de Barcelona, en el Instituto de Teología Espiritual de Barcelona, en el bienio de liturgia de la Universidad San Dámaso de Madrid.

Impartió cursos, charlas y conferencias por todo el mundo en diócesis, seminarios, monasterios, casas religiosas... Participó en un gran número de congresos y jornadas de liturgia.

De modo particular asesoró a las comunidades neocatecumenales en cuestiones litúrgicas, dando charlas a sus miembros y recorriendo los seminarios del mundo entero.

Publicó diversos libros, subsidios litúrgicos y escribió numerosísimos artículos en diferentes revistas especializadas. Y anualmente

ofrecía el *Calendario litúrgico pastoral*, con sugerencias pastorales y unas enjundiosas introducciones a cada mes.

Pasará a la historia por las explicaciones que publicó en la revista *Liturgia y Espiritualidad* sobre el modo de entender la liturgia del entonces cardenal Ratzinger, que le valieron la respuesta del mismo.

Fue tremadamente fiel a las rúbricas. Siempre cumplió hasta la última coma y tilde de las leyes litúrgicas, incluso aquellas que no compartía o creía que deberían hacerse de otro modo.

Destacó como un hombre espiritual. No solo estudió la liturgia, explicó la liturgia, escribió sobre liturgia, sino que vivió la liturgia. Solía decir que el escrito que más valoraba de su extensa bibliografía era su libro *Roguemos al Señor*, porque servía para rezar.

En esta última década, afirmaba insistenteamente que «se estaba muriendo», incluso organizó una solemne unción de enfermos y tenía preparado su funeral desde hacía quince años.

Sin embargo, a pesar de que la *infirmitas* –«no estar firme», como explicaba él, esto es «la debilidad»– le había mermado en sus capacidades, no se resistió a dejar de trabajar por la liturgia: ya no escribía pero dictaba, oía mal pero asistía a las reuniones que se le convocaban, entre ellas la del consejo de *Phase*, aunque solo pudiera hacer acto de presencia y manifestar así su interés.

Esperemos que su encuentro con la muerte, a la que nunca miró con buenos ojos, haya sido victorioso. No comprendía que san Francisco de Asís hablara de la «hermana muerte», sino que la miraba de un modo radicalmente opuesto: la muerte fue la gran enemiga de Cristo, máxima expresión del pecado; pero fue vencida por Cristo. Y por tanto, era también su enemiga, y esperaba ser partícipe del triunfo de su Señor y poder entonar, en el día de su tránsito, el salmo 113 o el salmo 117 –ambos exaltan el triunfo pascual y fueron fijados por él mismo para la liturgia exequial– y, al llegar a las puertas del paraíso, conducido por los ángeles, recibido por los mártires, haya escuchado de labios del Buen Pastor: «siervo bueno y fiel, pasa al banquete de tu Señor», siendo así partícipe, junto con Lázaro, del descanso eterno, convirtiéndose en piedra viva del templo de la Jerusalén celestial, disfrutando para siem-

pre de la liturgia del cielo, aquello que bajo formas sacramentales estudió, explicó, transmitió, vivió, celebró en la tierra.

* * *

Cada año a las 11 de la noche del 15 de septiembre, el presidente de la república mexicana -y los diferentes alcaldes y gobernadores en sus jurisdicciones-, al grito «¡Viva los héroes que nos dieron patria!» conmemora el inicio de la independencia, que tuvo lugar en aquella misma noche de 1810. Enumera seguidamente quienes llevaron a cabo aquella revolución: «¡Viva Hidalgo! ¡Viva Morelos! ¡Viva Josefa Ortiz de Domínguez!...»

Con la muerte de Pedro Farnés, se nos ha ido uno de los «héroes» que nos dieron «liturgia». En los últimos años han ido muriendo otros cercanos a nosotros: Franquesa, Aldazábal, Oñatibia, Tena, Bellavista, Llopis, los hermanos Velado... Prácticamente ya no queda vivo ninguno de aquellos «padres» que llevaron a cabo la renovación litúrgica del siglo xx y redescubrieron el misterio de Cristo celebrado en el culto cristiano.

A la nueva generación de liturgistas nos toca seguir la estela que ellos marcaron: adentrarnos en la esencia de la liturgia y transmitir su vivencia al pueblo fiel. En la dedicatoria que me escribió Cornelio Urtasun en su libro *Las oraciones del Misal: escuela de espiritualidad*, así lo expresaba: «Tú eres de la segunda generación de liturgos que haréis el milagro de entusiasmar al pueblo de Dios en los misterios de Cristo celebrados por y en la Iglesia».

Y quizá llegue el día en el que tengamos que conmemorar esta renovación litúrgica llevada a cabo durante el siglo xx, que nos ha permitido hacer anamnesis de la historia de la salvación reviviendo el misterio pascual de Cristo en cada celebración, que la liturgia aliente la vida de cada creyente celebrando su fe. Y cada 4 de diciembre, fecha en la que se promulgó la Constitución de liturgia *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II, al grito «Viva los padres que redescubrieron la liturgia», comenzando por Dom Guéranger, enumeremos a aquellos «héroes» que empeñaron sus vidas por mostrar la verdadera esencia de la liturgia para poder celebrar con su auténtico sentido el culto cristiano.

José Antonio Goñi
Director de la revista «Phase»